

LUCY ADLINGTON

LAS COSTURERAS DE AUSCHWITZ

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *The Dressmakers of Auschwitz: The True Story of the Women Who Sewed to Survive*

© 2021, Lucy Adlington

© 2022, Traducción: Juan José Estrella González

© 2022, Editorial Planeta, S. A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2022, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en España: mayo de 2022

ISBN: 978-84-08-25732-5

Primera edición impresa en México: junio de 2022

ISBN: 978-607-07-8871-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Índice

Introducción	11
1. Una de las pocas que sobrevivieron	17
2. El único poder	47
3. ¿Y ahora qué? ¿Cómo seguir?	83
4. La estrella amarilla	125
5. El recibimiento de rigor	157
6. Quieres seguir viva	193
7. Quiero vivir aquí hasta que me muera	241
8. De entre diez mil mujeres	277
9. Solidaridad y apoyo	317
10. El aire huele a papel quemado	355
11. ¿Quieren que seamos normales?	409
Agradecimientos	439
Créditos de las ilustraciones	441
Bibliografía	445
Notas	459

1

Una de las pocas que sobrevivieron

Después de dos años entré en el edificio central de Auschwitz, donde iba a trabajar como costurera en el taller de confección para familias de las SS. Trabajaba diez o doce horas al día. Soy una de las pocas que sobrevivieron al infierno de Auschwitz.

Olga Kováčz¹

Un día como otro cualquiera.

A la luz de las dos ventanas, un grupo de mujeres tocadas con pañuelos blancos cosían sentadas a unas mesas largas de madera, encorvadas sobre los vestidos. Clavar la aguja. Sacar la aguja. El taller ocupaba un sótano. Al otro lado de las ventanas, el cielo no representaba la libertad. Su refugio era ese. Estaban rodeadas de la parafernalia propia de un taller de costura lleno de vida, de todos los utensilios de su oficio. Sobre las mesas, cintas métricas enrolladas, tijeras y bobinas de hilo. Al lado, rollos de todas las telas. Y esparcidas por todas partes, revistas de moda y papeles para diseñar patrones. Junto al taller principal había un probador privado para las clientas, todo ello bajo la supervisión de Marta, una mujer lista y muy capaz que no hacía tanto llevaba su

propio taller en Bratislava. Echándole una mano a Marta estaba Borishka.

Las costureras no cosían en silencio. En una babel de lenguas —eslovaco, alemán, húngaro, francés, polaco— conversaban sobre su trabajo, sus casas, sus familias..., e incluso bromeaban entre ellas. Y es que casi todas eran muy jóvenes, adolescentes o chicas de poco más de veinte años. La menor acababa de cumplir los catorce. La llamaban Gallinita, porque iba de un lado a otro del taller recogiendo alfileres o barriendo hilos sueltos.

Las amigas trabajaban juntas. Estaban Irene, Bracha y Renée, las tres de Bratislava, y Katka, que era hermana de Bracha y que hilvanaba los elegantes abrigos de lana de sus clientas, a pesar de tener las manos heladas de frío. Otras dos costureras, Baba y Lulu, también eran muy amigas; una era muy seria, y la otra, muy traviesa. Hunya, que pasaba de los treinta, era a la vez amiga y figura materna, y una fuerza a tener en cuenta. Olga, casi de su misma edad, les parecía viejísima a las más jóvenes.

Todas eran judías.

Con ellas también cosían dos comunistas francesas, la corsetera Alida y Marilou, combatiente de la resistencia, a las que habían detenido y deportado por oponerse a la ocupación nazi de su país.

En total, eran veinticinco mujeres las que trabajaban cosiendo, respunteando, hilvanando. Cuando llamaban a alguna para que se ausentara y ya no volvían a verla más, Marta disponía enseguida que trajeran a otra que ocupara su lugar. Su intención era que hubiera el máximo número posible de prisioneras, que cuantas más mejor acudieran a

aquel refugio del sótano. En el taller, todas tenían nombre. Del otro lado, eran solo números.

Sin duda, había trabajo para todas. La gran libreta negra de los encargos estaba tan llena que la lista de espera era de seis meses, incluso para las clientas más influyentes de Berlín. La prioridad en los pedidos la tenían las clientas locales y la mujer que había creado el taller. Hedwig Höss. La esposa del comandante del campo de concentración de Auschwitz.

Un día, un día como cualquier otro, se oyó un grito de espanto en el taller del sótano y llegó el temible olor de tela quemada. Catástrofe. Una plancha caliente en exceso había carbonizado un vestido: la marca de la quemadura estaba ahí, a la vista de todas, no había manera de ocultarla. La clienta debía venir a probárselo al día siguiente. La torpe costurera lloraba, presa de la angustia.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

Las demás dejaron de trabajar, experimentando su mismo pánico. No se trataba solo de un vestido echado a perder. Las clientas de ese taller de moda eran las esposas de altos mandos del cuartel de las SS de Auschwitz. Hombres conocidos por las palizas, las torturas y los asesinatos en masa. Hombres con un control total sobre las vidas y los destinos de todas y cada una de las mujeres presentes en aquella sala.

Marta, que estaba al mando, estudió los daños sin perder la calma.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Vamos a descoser esta pieza de aquí e insertaremos esta otra tela. Deprisa, ahora...

Y todas se pusieron manos a la obra.

Al día siguiente, la esposa del mando de las SS llegó al taller a la hora convenida. Se probó el vestido nuevo y, perpleja, se miró en el espejo del probador.

—No recuerdo que este fuera el diseño.

—Sí, claro que lo era —dijo Marta en tono amable—. ¿Verdad que queda muy bien? La nueva moda...²

Se había evitado el desastre. De momento.

Las costureras regresaron al trabajo, puntada tras puntada, y vivieron un día más como prisioneras en Auschwitz.

Las fuerzas que convergieron para crear un taller de modas en Auschwitz eran las mismas que se ocuparían de dar forma y fracturar las vidas de las mujeres que acabarían trabajando en él. Dos décadas antes, cuando aquellas mujeres eran muy jóvenes, en ocasiones niñas, no imaginaban siquiera que sus destinos coincidirían en aquel lugar. Incluso a los adultos que se ocupaban de ellas les habría costado concebir un futuro que incluyera un espacio para la alta costura instalado en medio de un genocidio generalizado.

El mundo es muy pequeño cuando somos niños, y a la vez muy rico en detalles y sensaciones. El roce áspero de la lana en contacto con la piel, los dedos fríos, torpes, ante un terco botón que se resiste a dejarse abrochar, la fascinación por la rodilla de un pantalón deshilachado. Al principio, nuestro horizonte está limitado por las cuatro paredes del hogar familiar; más tarde, se amplía a las esquinas de la calle, y después a los campos, a los bosques y a los paisajes de la ciudad. No existen presagios de lo que ocurrirá en el futuro. Con el tiempo, los recuerdos, los objetos, son todo lo que queda de los años perdidos.



Irene Reichenberg de niña.

Uno de los rostros que contemplan desde el pasado es el de Irene Reichenberg de niña, en fecha desconocida. Sus rasgos se ven pálidos entre las sombras; no se distingue la ropa. Sonríe vacilante y, al hacerlo, se le marcan unos pómulos redondeados, como si temiera mostrar demasiado sus emociones.

Irene nació el 23 de abril de 1922 en Bratislava, una hermosa ciudad checoslovaca a orillas del Danubio, a apenas una hora de Viena. Su nacimiento tuvo lugar tres años después de la elaboración de un censo que revelaba que la población de la ciudad era sobre todo una mezcla de alemanes, eslovacos y húngaros. Desde 1918, todos habían quedado bajo el control político del nuevo Estado checoslovaco, pero la comunidad judía, de casi quince mil personas, se concentraba en un barrio muy concreto, a pocos minutos a pie de la orilla norte del río.

El centro del barrio judío era la Judengasse, o Židovská ulica, es decir, la «calle de los judíos». Hasta 1840, estos vivían segregados en aquella única calle en pendiente de Bratislava, que pertenecía a los terrenos del castillo del lugar. A ambos extremos había unas puertas que todas las noches cerraban unos guardias municipales, creando así, básicamente, un gueto que dejaba claro que los judíos debían considerarse aparte de los demás habitantes de Bratislava.

En las décadas que siguieron, las leyes antisemitas se relajaron, y cada vez más familias judías prósperas tuvieron libertad para abandonar la calle e instalarse en las zonas principales de la ciudad. Los otrora notables edificios barrocos de la calle Židovská fueron subdividiéndose en viviendas más pequeñas donde se hacinaban familias numerosas. Aunque el área fue devaluándose, las calles empedradas se mantenían impolutas y las tiendas y los talleres estaban muy concurridos. La comunidad continuaba estando muy unida y sus miembros se apoyaban los unos a los otros. Todo el mundo se conocía. Y conocían los negocios de los demás. La gente tenía un sentido especial de pertenencia.

*Fue la época más feliz de mi vida. Allí crecí,
allí me crié y allí viví con mi familia.*

Irene Reichenberg³

Židovská era un lugar extraordinario para los niños, que entraban y salían de las casas de sus amigos y colonizaban la calle y las aceras con sus juegos. La vivienda de Irene ocupaba el número 18, concretamente la segunda planta de

un edificio esquinero. Allí vivían ocho niños. Como sucedía con todas las familias numerosas, se creaban alianzas y lealtades entre hermanos, y existía cierta distancia entre los mayores y los menores. Uno de los hermanos de Irene, Armin, trabajaba en una tienda de dulces. Con el tiempo se trasladaría al Mandato Británico de Palestina y se ahorraría el trauma del Holocausto. Su otro hermano, Laci Reichenberg, consiguió trabajo en una empresa textil mayorista judía. Se casó con una eslovaca joven llamada Turulka Fuchs.

Durante los primeros años de vida de Irene, la familia no pensaba siquiera en la posibilidad de una guerra. Se esperaba que el horror hubiera quedado atrás tras el Armisticio de 1918 y con el nacimiento de un nuevo país, Checoslovaquia, en el que los judíos eran ciudadanos de pleno derecho. Ella era demasiado joven para comprender el mundo que quedaba más allá del barrio judío. Su destino, como el de la mayoría de niñas de su tiempo, era aprender a realizar las tareas de la casa con vistas al matrimonio y la maternidad, siguiendo el ejemplo de sus hermanas mayores. Katarina, a la que llamaban Käthe, era cortejada por un apuesto joven llamado Leo Kohn; Jolanda (Jolli) se casó con el electricista Bela Grotter en 1937; Frieda fue la siguiente en contraer matrimonio y se convirtió en la señora Federweiss. Ya solo quedaban tres hermanas solteras: Irene, Edith y Grete.⁴

La gran familia dependía económicamente del padre de Irene, Shmuel Reichenberg. Era zapatero, uno de los muchos artesanos de la calle Židovská. El buen oficio y la pobreza de los zapateros fueron inmortalizados en numerosos cuentos infantiles. Sin duda, había algo mágico en su manera de cortar y dar forma a pieles finas ayudándose de hormas

de madera, pieles que después cosía con hilos encerados. Remachaba los clavos con esmero, inclinado sobre las piezas desde las siete de la mañana hasta llegar la noche, y sin ayuda de máquinas de ninguna clase.

El dinero escaseaba y las ventas nunca estaban garantizadas. Para muchos de los habitantes de la calle Židovská, un par de zapatos nuevos, o incluso un remiendo en los viejos, era todo un lujo. Durante los duros años de entreguerras, los más pobres andaban descalzos o se amarraban con trapos el calzado andrajoso.

Si el padre de Irene era el que llevaba el dinero a casa, su madre, Tzvia (Cecilia) era la que preparaba el pan y llevaba las riendas del hogar. Sus quehaceres diarios duraban aún más que los de su marido. Las tareas domésticas eran muy duras, pues no había máquinas que le ahorraran trabajo ni criadas que la ayudaran; solo sus hijas. Tzvia se quedaba embarazada en años alternos, lo que implicaba que cada vez tenía que cocinar más, que debía lavar más ropa sucia, que siempre había más que limpiar. A pesar de que la familia era numerosa y los ingresos escaseaban, Tzvia hacía lo que podía para que cada uno de sus hijos se sintiera único. Un año, la pequeña Irene recibió un regalo especial por su cumpleaños: un huevo duro solo para ella. La niña estaba encantada, y sus amigas de la calle Židovská tuvieron conocimiento de aquel hecho prodigioso.

Renée Ungar, una de aquellas niñas integrante del grupo especial de amigas, pertenecía a una familia judía ortodoxa. Su padre era rabino, y su madre, ama de casa. Un año mayor que Irene, Renée era tan atrevida como tranquila era esta.⁵ Un retrato de Renée de 1939 la muestra con un aspec-

to sereno e inteligente, contrarrestado por los pompones de dos colores que cuelgan del cuello de su suéter.



Renée Ungar en 1939.

Diez años antes de que se tomara esta fotografía, cuando tenía siete años, Irene conoció a una nueva compañera de juegos que se convertiría en una amiga para toda la vida y en una valerosa aliada durante el viaje más desgarrador de su vida: Bracha Berkovič.

Allí llegamos a pasar buenos ratos.

Bracha Berkovič

Bracha era de familia campesina y nació en el pueblo de Čepa, en las tierras altas de Rutenia, en los Cárpatos. Lejos de los centros industriales, esa zona de la Checoslovaquia

interior era sobre todo agrícola. Las pequeñas ciudades y los pueblos rurales contaban con un dialecto autóctono, tenían sus propias costumbres e incluso unos diseños de bordado característicos.

El paisaje de la infancia de Bracha estaba dominado por la cadena casi infinita de los montes Tatras, con sus suaves laderas que descendían hasta los campos de tréboles, centeno, cebada y remolacha. Aquellos campos los trabajaban grupos de muchachas vestidas con blusas de manga abullonada y sayas anchas, y tocadas con pañuelos de vivos colores. Las gansas cuidaban de sus crías; los labradores araban, cosechaban y recolectaban. El verano era la época de las ropas estampadas de algodón, de los colores alegres, de los cuadros, las espirales y las rayas. El invierno exigía telas de abrigo tejidas en casa, lanas. La ropa oscura contrastaba con el blanco de la nieve. Los chales gruesos, con flecos, cubrían las cabezas y se fijaban con alfileres bajo la barbilla, o se cruzaban y se ataban a la espalda. En las costuras de puños y mangas centelleaban unas cintas florales ricamente bordadas.

La vida de Bracha estaría vinculada a la ropa y, casualmente, su nacimiento también. Su madre, Karolína, tuvo que seguir lavando prendas hasta muy avanzado el embarazo. En el mundo rural de los Cárpatos, con las primeras luces del día las mujeres cargaban los fardos de la ropa sucia hasta el río, donde trabajaban descalzas en el agua fría mientras sus hijos jugaban en la orilla. El resto de la ropa se lavaba en casa, remojuéndola en agua jabonosa dentro de unas cubetas, frotándola en las tablas, escurriéndola con manos curtidas y tendiéndola en cuerdas para que se secase. Karolína, la madre de Bracha, se estaba subiendo a una escalera de

mano para tender las piezas más pesadas bajo los aleros de un tejado, un día frío y lluvioso, cuando sintió los primeros dolores del parto. Era el 8 de noviembre de 1921. Llegaba su primer bebé.⁶

Bracha nació en casa de sus abuelos. Aunque era un espacio pequeño y lleno de gente, con solo un horno de barro para calentar y una bomba de agua, Bracha recordaba su infancia como el paraíso en la tierra.⁷

El amor de la familia era la base de sus recuerdos felices, a pesar de algunas tensiones inevitables.⁸ El matrimonio de sus padres lo había arreglado una casamentera (costumbre no poco frecuente en la Europa del Este de la época), y su unión resultó un éxito, pues los dos eran personas sensatas y capaces. A Salomon Berkovič, que había nacido sordomudo, quisieron emparejarlo primero con la hermana mayor de Karolína, pero esta se negó al enlace a causa de su discapacidad. Entonces, convencieron a Karolína, que tenía dieciocho años, para que ocupara el lugar de su hermana, tentándola con imágenes de ella vestida de novia, toda de blanco.

*Lo hicieron lo mejor que pudieron teniendo en
cuenta la vida tan dura que vivieron.*

Bracha Berkovič

Poco después de la boda, Karolína y Salomon empezaron a tener hijos enseguida. Después del abrupto nacimiento de Bracha el día de la colada, llegaron Emil, Katarina, Irena y Moritz. Había tanta gente en casa que enviaron a Katarina —a la que llamaban Katka— a vivir con la tía Ge-

nia, que no tenía hijos, hasta que tuvo seis años. Aunque Bracha se sentía unida a su hermana menor, Irena, creó unos vínculos indestructibles con Katka cuando a las dos las enviaron juntas a Auschwitz. Y la lealtad entre las hermanas hizo que las dos compartieran el mismo destino en el Estudio Superior de Confección.⁹

En el mundo infantil de Bracha estaba también el aroma del pan *challah* del *sabbat*, las *matzá* espolvoreadas con azúcar candi, las manzanas asadas que se comían con la tía Serena en una casa llena de fruslerías y tapetes. La costura fue lo primero que ensanchó los horizontes de Bracha más allá de la vida del pueblo. Más concretamente, la confección.

Salomon Berkovič era un sastre de un talento inmenso, y su destreza lo llevó a conseguir trabajo en una casa de gran categoría llamada Pokorný, en Bratislava. Trasladó su máquina de coser de Čepa a la gran ciudad y, gradualmente, fue creando su propia clientela. Trabajaba desde su domicilio, situado en la calle Židovská, con un ayudante que se dedicaba a remiendos y arreglos. Con el tiempo el negocio creció y llegó a tener contratadas a tres personas —las tres, sordomudas—, además de al tío de Bracha, Herman, que entró como aprendiz. Todos los años viajaba hasta Budapest para asistir a desfiles de moda en los que se presentaban las últimas tendencias en moda masculina.

El éxito de su empresa se debía en no poca medida a la ayuda infatigable de Karolína, que se trasladó con él a Bratislava para atender a los clientes y ocuparse de las pruebas.

Decidida a no quedarse atrás, la joven Bracha lloró tanto que convenció a su madre de que la dejara instalarse también en Bratislava.

El trayecto en tren era emocionante para una muchacha de pueblo, porque lo compartía con otros pasajeros y existía la expectativa de lo que encontraría al final del viaje. Los carteles del convoy estaban escritos en checo, eslovaco, alemán y francés, reflejo de la mezcla de pueblos de Checoslovaquia. A través de las ventanas del vagón se sucedían las vistas de un paisaje siempre cambiante. Finalmente, el tren llegó a un mundo nuevo, deslumbrante.

Bratislava estaba llena de árboles, resplandecía con la nueva arquitectura y era un ir y venir de compradores, carriolas, caballos, carretillas, automóviles y tranvías eléctricos. En el Danubio, barcazas de carga, pequeños remolcadores y barcos de ruedas de paleta surcaban las plácidas aguas. Para Bracha, el departamento de la calle Židovská era un lugar lleno de maravillas comparado con la vida aldeana de Čepa. No hacía falta bombear para llenar las cubetas de agua, porque el agua corriente salía de las llaves. Y la luz se encendía y apagaba gracias a unos interruptores. El retrete con cadena era el más novedoso de los prodigios. Mejor aún, allí era posible hacer amigas nuevas. Las niñas a las que conoció en Bratislava se convertirían en sus compañeras durante lo peor de los años de guerra.

Me gustaba todo todo... Me gustaba ir a la escuela.

Irene Reichenberg

Bracha conoció a Irene Reichenberg en la escuela. La educación era uno de los valores principales de la vida judía, por más pobres que fueran las familias. En Bratislava no

escaseaban las escuelas y las universidades. La ropa que lleva la gente que aparece en una fotografía de 1930 tomada en la escuela ortodoxa judía del barrio muestra el orgullo que las familias sentían al enviar a sus hijos a la escuela, aunque ello supusiera tener que renunciar a otros gastos. Dado que el retrato escolar era una ocasión especial, algunas muchachas llevan calcetines blancos y zapatos, y no las resistentes botas de piel, más adecuadas para los recreos.

Muchas niñas visten sencillos vestidos de corte recto, fáciles de coser y mantener. Otras se han puesto más elegantes, y se aprecian los encajes en los cuellos, o solapas almidonadas.



Fotografía de la escuela elemental judía ortodoxa, 1930. Bracha Berkovič está de pie en la fila central. Es la segunda de la izquierda.

Llama la atención la característica media melena, tan en boga en la década de 1920, pero también se observan algunas trenzas, más tradicionales. Las niñas no llevaban uniforme, por lo que a veces la moda podía asomar un poco. Un año se impuso la locura por los cuellos *volant*, hechos de

telas muy finas, plisadas o fruncidas. Las niñas rivalizaban por ver quién llevaba más volantes. La vencedora fue una chica llamada Perla, que suscitó la envidia general con todas aquellas ondas de delicada muselina. Días felices.

En la escuela primaria judía ortodoxa las clases se impartían en alemán, una lengua que cada vez tenía más preeminencia en la vida de Checoslovaquia. Al principio, a Bracha le costó un poco encajar, porque era nueva en la ciudad y se sentía más cómoda hablando en húngaro y en yidis. Pero no tardó en adaptarse, y trabó amistad con Irene y Renée. En poco tiempo, las niñas llegaron a ser políglotas, y a veces pasaban de una lengua a otra en la misma frase.

Al salir de clase, los niños del barrio judío recorrían las calles y las escaleras jugando a las traes, al escondite, a los bolos, o simplemente se quedaban por ahí sin hacer nada. Durante las vacaciones de verano, como eran demasiado pobres para salir de la ciudad, se acercaban al Danubio para bañarse en un remanso poco hondo de la orilla o jugaban en el parque.

Aquellos juegos no impedían que Bracha extrañara a sus amigos del pueblo. A los once años, insistió mucho a sus padres, y no paró hasta que le dieron permiso para regresar a Čepa a pasar el verano. Como quería causar buena impresión y dárselas de chica independiente que venía de la gran ciudad, decidió ponerse una ropa mucho más elegante de la que llevaba normalmente en Bratislava y, sola y llena de orgullo, se subió al tren. Llevaba un vestido beige que le había regalado una amiga bastante acomodada, un cinturón rojo de cuero y un sombrero de paja adornado con una cinta de color. Detalles como ese parecen frívolos en el contexto

más amplio de la guerra y el sufrimiento que seguiría, pero sirven para fijar los recuerdos. Perduran en la mente cuando esas libertades y esa elegancia parecen pertenecer a un mundo desaparecido.

Esos son unos recuerdos muy bellos.

Irene Reichenberg

Las mejores prendas de ropa se reservaban para el *sabbat* y otras celebraciones. Las familias judías seguían un patrón antiquísimo de rituales familiares que iban desde la festividad del Rosh Hashaná, durante la que se comían manzanas untadas en miel, hasta el Pésaj y la tradición de comer pan ácimo y hierbas amargas.

Durante las festividades judías más importantes se sacrificaban gansos engordados, se preparaban palomitas de maíz y había siempre en los fogones una sopa de pollo con fideos. A Irene le encantaba que su gran familia se reuniera en casa para rezar e intercambiar bendiciones. Aquella sensación de estar juntos la reconfortaba.

Durante el *sabbat*, las casas de la calle Židovská se impregnaban del aroma del pan *challah* —que a Bracha se le daba muy bien trenzar—. Se amasaba en los hogares y se llevaba a hornear a la panadería del barrio. Las mujeres limpiaban a fondo las casas y se ponían delantales blancos para encender las velas los viernes. Aunque, según la ley, el sábado no estaba permitido trabajar —la prohibición se extendía a labores de la industria textil como eran teñir, hilar y coser—, había familias que

mantener. No se sabía bien cómo, pero la madre de Bracha sacaba tiempo y ganas para preparar galletas de canela y *topfenknödel*, una especie de buñuelos de queso cuajado muy populares incluso en los cafés más elegantes de Viena.

Naturalmente, las bodas eran un momento destacado de la vida familiar. Cuando uno de los ayudantes en la sastretería de Salomon Berkovič anunció que su hermana iba a casarse con Jenő, el tío de Bracha, que era zapatero, a la niña le regalaron algo muy excepcional: un vestido comprado en una tienda. Con ganas de emular a su padre, que se pasaba el día planchando trajes en su taller, Bracha decidió plancharse el encantador vestido de marinerita ella sola. Los preparativos para la boda se interrumpieron cuando a todos los que se encontraban en casa les llegó un horrible olor a quemado: el vestido había quedado carbonizado. A la pequeña Bracha le pareció una catástrofe verse obligada a llevar un vestido viejo al enlace. Años después, cuando en el taller de costura de Auschwitz se quemó otro vestido y Marta, la supervisora, se hizo cargo de la situación y sin perder los nervios evitó el desastre, ese recuerdo de su infancia adoptaría un matiz distinto, menos dramático. Bracha recordaría a la novia de tío Jenő vestida en una habitación que se había transformado en el País de las Maravillas gracias a la música de un gramófono, a las guirnaldas de papel y a unos farolitos que iluminaban un arbolito plantado en una maceta.

Y cuando el recuerdo se disipara, ella regresaría a la realidad del Estudio Superior de Confección y a las exigencias de las clientas nazis.